

La música como eje del desarrollo integral en la primera infancia

Nicolle Llanos-7032

El capítulo 1 del libro *La música en la escuela infantil (0-6)* de Judith Akoschky y otras autoras, presenta una defensa sólida de la educación musical en la primera infancia, sustentada en investigaciones sobre el desarrollo infantil y en una perspectiva pedagógica integral. Las autoras sostienen que la música no es un complemento, sino un elemento constitutivo del desarrollo humano desde antes del nacimiento, destacando su impacto en dimensiones cognitivas, emocionales, sociales y comunicativas.

Desde el inicio, el texto enfatiza que el contacto con el sonido comienza en la vida intrauterina, donde el feto percibe vibraciones y estímulos sonoros, estableciendo así una relación temprana con el entorno acústico. Esta idea posiciona la música como una experiencia originaria, no adquirida tardíamente, lo que cuestiona prácticas educativas que relegan lo musical a un lugar secundario en el currículo.

Las autoras desarrollan una perspectiva evolutiva del desarrollo musical, mostrando cómo las capacidades sonoras y expresivas se transforman progresivamente desde el nacimiento hasta los seis años. Se plantea que los niños son “intrínsecamente musicales” y que sus habilidades dependen en gran medida de los estímulos que reciban. Esta postura rompe con la idea de que la musicalidad es un talento exclusivo de algunos, proponiendo en cambio una visión democratizadora “Todos los niños pueden desarrollar capacidades musicales si se les brindan oportunidades adecuadas”.

Además, el texto resalta que la música favorece múltiples habilidades como la memoria, la concentración, la coordinación y la creatividad, así como procesos de socialización y comunicación. Sin embargo, es importante notar que las autoras advierten que la música no debe justificarse únicamente por sus beneficios instrumentales por ejemplo, mejorar matemáticas o lenguaje, sino por su valor intrínseco en la vida humana. Este punto es clave, pues evita caer en una visión utilitarista de la educación musical.

Otro aspecto central es el papel de la familia y la sociedad como mediadores del desarrollo musical. La música se entiende como una práctica cultural, situada y diversa, cuyo significado depende del contexto social. Esto abre una mirada crítica hacia la homogenización cultural y la necesidad de ofrecer a los niños experiencias musicales variadas, más allá del consumo pasivo.

En cuanto al papel de los educadores, el capítulo plantea una tensión relevante: aunque la educación musical suele recaer en docentes generalistas, muchos no se sienten preparados para enseñarla. Las autoras cuestionan la idea de que se requiere ser músico profesional, afirmando

que lo fundamental es desarrollar habilidades básicas y, sobre todo, generar experiencias significativas en el aula. Esta postura es potente, pero también deja ver una problemática estructural: la insuficiente formación musical en los programas de educación infantil.

Análisis crítico desde la formación docente

Desde una mirada crítica, el capítulo aporta fundamentos valiosos para comprender la importancia de la música en la infancia, pero también plantea desafíos. Por un lado, su enfoque integral coincide con perspectivas contemporáneas como las de Vygotsky o Bruner, al reconocer el papel del entorno, la interacción y la cultura en el desarrollo. La música aparece como un lenguaje que media la relación del niño con el mundo.

Sin embargo, aunque las autoras reconocen las limitaciones en la formación docente, no profundizan suficientemente en cómo transformar estas condiciones estructurales. Señalar que los maestros pueden enseñar música sin ser especialistas es cierto, pero puede resultar problemático si no se acompaña de propuestas concretas de formación y apoyo institucional.

Para las maestras en formación, este capítulo tiene un sentido profundamente interpelador. Invita a asumir la música no como un “extra” o un momento de relleno, sino como un eje pedagógico que atraviesa el desarrollo infantil. También exige cuestionar las propias inseguridades frente a lo musical y reconocer que enseñar música implica, más que dominar técnicas, estar dispuesto a explorar, crear y compartir experiencias con los niños.

En este sentido, el texto propone un cambio de mirada: la maestra deja de ser transmisora de contenidos para convertirse en mediadora de experiencias sonoras significativas. Esto implica sensibilidad, disposición y una actitud investigativa frente a las prácticas musicales en el **aula**.

Conclusión

El capítulo construye una argumentación sólida sobre la relevancia de la música en la etapa 0-6, destacando su papel en el desarrollo integral y su carácter cultural y social. No obstante, también evidencia tensiones entre el ideal pedagógico y las condiciones reales de la formación docente. Para las futuras maestras, representa tanto una guía conceptual como un llamado a resignificar la música en la práctica educativa, asumiéndola como una herramienta fundamental para comprender y acompañar el desarrollo infantil.